

## Lecciones de la crisis de Ucrania

Salvador Aguilar<sup>1</sup>

Según sabemos, hay acontecimientos que enmarcan especialmente bien el espíritu de época. Lo estamos presenciando ahora con los hechos que acaecen en Ucrania (con secuelas indirectas en el contencioso España-Cataluña). Esos hechos se han mirado del derecho y del revés en los medios nacionales e internacionales y se ha examinado hasta la, aparentemente, última brizna de su significado. Pero eso mismo ya nos da una primera clave sobre el espíritu de la época: la supuesta y manida sociedad de la información, la orgullosa “sociedad abierta” occidental, exhibe muchas y alarmantes carencias. Hasta el punto que, inundados de palabras, al final, si buscamos rigor y precisión, solo podemos apoyarnos en un breve puñado de fuentes; y si, además, somos ciudadanos en busca de soluciones a problemas concretos, vemos con aprensión que esas sociedades abiertas parecen estar buscando otra cosa y, quizá, son menos abiertas de lo que dicen. Veamos.

¿Qué ha ocurrido en Ucrania? Como en otras crisis políticas contemporáneas, para saberlo, tenemos que apoyarnos tanto en los mejores hallazgos académicos como en los grandes reporteros sobre el terreno. Así fue en 1989, otro ejemplo de coyuntura crítica, y así es ahora mismo. ¿Qué podemos deducir de todos esos materiales hoy?

Uno, las revoluciones son fenómenos colectivos multiformes, no tienen un formato único. En la época que nos ha tocado vivir tienen un carácter volátil y menos rotundo que las clásicas revoluciones del siglo XX. Y exhiben dos añadidos fundamentales: la sociedad civil tiene cada vez más cosas que decir en su despliegue (en forma de presiones masivas desde abajo y continua creación y recreación de movimientos sociales y políticos); y, de otro lado, las estructuras de poder han aprendido mucho sobre cómo gestionarlas y “saben”, más que antes, intervenir en su decurso.

---

<sup>1</sup> Miembro del Comité Científico del Observatori del conflicte social y Profesor de Estructura y Cambio Social, Universitat de Barcelona.

Dos, lo ocurrido con epicentro en Kiev es un caso claro de revolución política, y de revolución política en parte inducida: una transformación sustantiva de las estructuras de poder -una élite sustituye a otra- que ocurre de forma repentina y con frecuencia violenta. No es una revolución social (una transformación sustantiva de las estructuras sociales en general) y con toda probabilidad no lo será. ¿Y por qué revolución “inducida”? Porque los poderes decisivos del mundo (la famosa “comunidad internacional”) tejen alianzas para derrocar contrapoderes molestos y estimulan las fuerzas latentes que benefician sus estrategias allí donde se abren crisis políticas. Casi nunca antes han existido revoluciones totalmente espontáneas o naturales, pero el ascenso contemporáneo de la sociedad civil las hace cada vez más posibles (el caso reciente más claro es Tahrir en 2011); por eso también, los poderes existentes se preocupan de estimular las contrafuerzas latentes y aplicar nuevas “tecnologías” de gestión del conflicto. Un ejemplo exitoso de estas últimas consiste en embridar un impulso revolucionario con una transición política: esto es lo que ocurrió en las “revoluciones de terciopelo” de los años de 1990 en el Este y al menos parte de las “revoluciones de colores” posteriores; y es lo que apunta Timothy Garton Ash para la Ucrania actual: “ahora recurrimos a protestas pacíficas de masas seguidas de una transición negociada” (como ocurrió en España en 1976). Seguramente era la idea que llevó a los acuerdos con Yanukóvich, pero los hechos posteriores han desbaratado la terapia.

Tres, esos “hechos posteriores” son decisivos para inclinar la legitimidad política a un lado o a otro. En este punto, lo que más se ajusta a la realidad más o menos oculta, como en 1989, es a mi entender la fórmula de Rafael Poch, cronista de la implosión rusa de 1989 y, ahora, testimonio sobre el terreno en Ucrania: lo que hemos presenciado en Kiev es una “mezcla de revuelta popular y golpe de Estado apadrinado por Occidente”.

Cuatro, el trasfondo sustantivo de los hechos ucranianos es la existencia allí de una “sociedad dividida”: un estado nacional mal integrado y compuesto por al menos dos partes de similar potencial confrontadas por alguna diferencia saliente, como sugiere Castells para Ucrania, de tipo identitario, pero no

siempre es así, como se ha experimentado antes, por ejemplo, en Venezuela, en Italia, en la España aznariana, en Colombia...

¿Qué hacer? Es en este punto donde se observa en las “sociedades abiertas” una carencia llamativa: por mucho que su imagen oficial y su discurso preferido es el de “la democracia”, se muestran incapaces de diseñar mecanismos complejos de resolución democrática de los conflictos. En ningún punto, la UE ha dado muestras siquiera de intentar alcanzar, en las justas palabras de Lluís Bassets, una “resolución amistosa y pactada dentro de los actuales Estados de los conflictos internos con sus minorías”, ni en Ucrania ni en Cataluña. ¿No será que tendríamos que plantearnos la sustitución de los viejos estados-nación por algo más complejo y civilizado? Parece algo totalmente al alcance de la actual UE. Una parte importante de la ciudadanía europea desea más democracia, no menos. Entérense.

Marzo de 2014

Una versión muy concisa del presente análisis sobre la crisis de Ucrania se publicó en *El Periódico de Catalunya* el 30.03.2014 con idéntico título al que figura aquí.